

1

En la estación de la primavera, cuando el tiempo es más benigno y la tierra empieza a calentarse, por mucho que de vez en cuando caiga una fina película de nieve que no durará mucho, y pese a la escarcha que endurece la tierra por las noches, es de recibo que el calor del sol temple el día.

HUGH JONES, 1774

Veo a mi madre en una carreta, codo con codo con su marido, una pareja bien parecida que se dirige al que será su nuevo hogar, Tynybraich. Acaban de dejar atrás el templo de Dinas Mawddwy, un pueblecito del condado de Merioneth situado entre dos puertos de montaña.

Los calienta el dorado sol de junio. A sus espaldas, una boda... y el eco de las ruedas y los cascos sobre el camino. Por delante, una nueva vida: el empuje de una yegua hacia un valle tan verde como vacío.

Evan no tiene que azuzarla; el animal tuerce a la izquierda por instinto y deja atrás el camino de portazgo para doblar por una vereda más estrecha. Hay un túnel carmesí de dedaleras y una rutilante cúpula

de flores de saúco, con el mismo dibujo intricado –repara Evan– que el encaje del canesú de su mujer. Los rayos de sol que traspasan el dosel le tachonan de estrellas el pelo.

Le pasa el brazo por la cintura y la atrae en dirección a él.

El ritmo hipnótico de los cascós y el aroma tenaz del espino se hacen notar. Las flores de los setos les lanzan destellos de oro y plata. Pasan por Ffridd Gulcwm sin reparar en los vecinos que aguardan para saludarlos, enmarcados en el umbral de sus casas. Dejan atrás el granero y atraviesan la verja abierta.

La yegua se demora por la pendiente escarpada del monte. Pero Evan está impaciente, quiere llegar a casa, de modo que susurra una palabra y afloja las riendas con un giro de muñeca.

En ese punto el camino se vuelve irregular, con el arroyo que cae desde Foel Dinas entorpeciendo aún más la marcha. A cada recodo del camino hay un revuelo de conejos espantados; unos acordes de pájaros orillan sus conciencias.

Y entonces –cuando el crujido de la rueda se agudiza sobre la superficie de la calzada; cuando el calor aumenta de golpe; cuando un fogonazo de sol los ciega–, los recién casados caen como en cascada desde su túnel de aromas para aparecer en el ancho valle de Maesglasau.

Y ya han llegado. Evan refrena la yegua, que se detiene en lo alto del monte. Tienen el valle a sus pies, a su alrededor, por todas partes.



Tynybraich y el camino a Cwm Maesglasau.

Este será el continente de su matrimonio: un valle entre tres montañas y una cascada remota. Las ovejas y las vacas son gemas blanquinegras sobre un almohadón de pasto verde. La vieja granja de piedra de Tynybraich se levanta en el regazo de la montaña.

Veo que mi madre, que va sentada entre su marido y el lateral de la carreta, se revuelve en el sitio, pero enseguida recobra la compostura. Mi padre la mira y ella le sonríe.

Alentado por el gesto, espolea a la yegua, que aprieta el trote cuesta abajo, pasa el puente que cruza el arroyo y vuelve a subir por la ladera del monte de Tynybraich para encarar, ahora sí, los muros de la vida de casados.

Es una casa bonita. Tres centurias, comenta Evan mientras la ayuda a apearse de la carreta. Dos ventanas a cada lado de un gran portón de madera, con las tres ventanas de arriba horadando triángulos en el tejado. A un lado, la *tŷ ffwrn*, una edificación exterior donde está el horno para cocer el pan. Al otro, una vaqueriza y un establo alrededor de la explanada. Sale humo de una chimenea, señal de que la familia de Evan los aguarda.

Me imagino a mi madre preparándose para lo que viene.

Atraviesan de la mano el portón de roble de Tynbraich, pero Evan no la conduce ni hacia el recibidor a la derecha, ni hacia el cuartillo que hay siguiendo recto. Lo primero que deben hacer es entrar en el salón grande. Hay tres mujeres alrededor del fuego. De las tres, solo dos levantan la vista y buscan cruzar su mirada expectante con la de mi madre. La tercera, la mayor, tiene los ojos clavados en el hogar de piedra, sofocando el fuego con el frío de su mirada.

Estas tres mujeres son la madre y las dos hermanas de Evan.

Me imagino a mi madre apartando la vista y fijándola en los muebles de roble oscuro: en el armario esquinero, el aparador, el reloj de pie y el gran arcón rojo con cierres de hierro, donde se atesoran los viejos libros de la familia.

Una de las hermanas se levanta y se presenta. Es Sarah, que va entonces a la cocina a poner el hervidor al fuego. La otra es Annie, que se acerca y les da un beso a cada uno. Los aldeanos contaban que Annie no era «como los demás». Paseaba por ahí sola, hablando con los árboles y las flores. Se rumoreaba que había comido alguna baya venenosa. No, le contó Evan, Annie ha sido distinta desde que nació.

La anciana Catrin Jones sigue con la vista clavada en el fuego. Se la tenía por una mujer algo fiera, al contrario que su esposo, que en paz descansa, quien había sido un hombre afable y sagaz, aficionado a los libros y la música.

Era una lástima que Robert Jones no siguiera con vida para atemperar los desaires de su mujer.

Mi madre siente que el vestido de novia se le clava en las carnes. Se le agolpan las lágrimas en los ojos. Mientras avanza por la casa, rememora el calor de su propio hogar en Coed Ladur: sus padres, sus hermanos y hermanas.

Evan ignora el mohín de su madre. Tirando de su esposa, dejan atrás la bodega, con todos sus enseres, y entran en la cocina, al fondo de la casa.

Allí el hogar calienta más. Hay un horno y una plancha, así como un hervidor negro que cuelga de una cadena. Tiene también una lastra de pizarra para hornear y una plancha de alisar. Tras unos morillos de latón pulidos, arde un fuego de turba que llena la estancia con su aroma agridulce.

Hay una larga mesa de roble con una banca y un

banco y dos sillas en cada punta. Del techo bajo cuelgan una tajada de tocino, dos jarras y dos sartenes grandes. Al otro lado de la sala, una alacena llena de platos blancos, dos rodillos, un bote de harina con el fondo abombado, un lebrillo de barro grande para lavar los platos y, al fondo, la puerta de atrás, que se abre a toda la extensión del valle.

La madre de Evan se reúne con sus hijos cuando van por la mitad de la comida de bodas. Se deja el pan con mantequilla a medio comer; del pan de pasas y las tortitas solo picotea y apenas toca el té con leche pese a tener la boca reseca.

No ha asistido a la boda de su hijo. Ni tampoco ha dejado que fueran sus hijas. ¿Por qué habría de dar su bendición a lo que va a arrebatarle todo cuanto tiene, su único hijo varón, su propia casa? La tradición exige que se haga a un lado y deje sitio a Evan y a su nueva esposa. Tendrá que mudarse de la granja familiar de Tynybraich a una casa más pequeña en la otra punta del cwm.

También su despedida es huraña. Y mientras Evan bromea con sus hermanas, dice de mala fe al oído de su nuera:

–No creo que nos acostumbremos a tu presencia. Aquí las tres somos como las tres patas de un taburete de ordeñar. Y ahora tienes que venir tú a cambiarlo todo.

Me imagino a mi madre mirándola fijamente. No se altera cuando responde:

–En mi vida me he peleado con nadie, Catrin Jones, y no pienso empezar ahora.

Al igual que los hombres llegan en oleadas a la conquista de nuevas tierras, así llegaron tres mujeres de tres valles vecinos para habitar el cwm de Maesglasau. Mi madre –Rebecca Jones de Cwm Cynllwyd– fue la última de las tres generaciones de mujeres que atravesaron el puerto de Bwlch y Groes para vivir en el fin del mundo.

Apenas había empezado la primavera de 1903 cuando salió de su casa cerca de Llanuwchllyn para ir a visitar a sus parientes a la granja de Bwlch de Dinas Mawddwy.

Poco podía imaginar al atravesar el escarpado puerto de Bwlch y Groes que nunca regresaría. Estaba llevando agua del pozo al lavadero cuando llegó a Bwlch un joven. Buscaba un ejemplar de *Del pastoreo*, un manual que había escrito su abuelo y que recopilaba las señales con las que se marcaban las orejas del ganado en el valle de Mawddwy.

El joven forastero se llamaba Evan Jones de Tynbraich y sus proezas como campesino, cazador y liante formaban parte del folclore local.

Era Evan hombre de tierra y de aire libre y no compartía con sus antepasados el amor por los libros. Era, a decir de todos, un buen campesino y conocía el nombre de todas las ovejas de su rebaño. Como cazador furtivo era aún mejor.

Atrapaba topos como nadie. Los escuchaba pasar bajo sus pies y se llevaba la mano al bolsillo del chaleco. Sacaba un gusano, le echaba una gota de veneno e interponía el bocado mortal en el camino del animal.

Decían que pescaba truchas haciéndoles cosquillas en la barriga. Se quedaba de pie muy quieto en medio del río e iba inclinándose sobre el agua mientras esperaba a que el pez parara el movimiento. Bajaba entonces las manos y rodeaba al animal. A continuación cosquilleaba con mucho tiento a la trucha, que se quedaba traspuesta. Después, en un único movimiento repentino y magistral, la sacaba del agua viva y coleando y la arrojaba al aire mortal.

Pero Evan era ante todo cazador, aunque nunca iba de cacería con otros y prefería ir por su cuenta hasta Bwlch y Siglen, en el valle de Maesglasau. Allí se plantaba a la espera. Y podía pasarse así el día entero. Porque Evan Jones entendía al zorro, y sabía a ciencia cierta que tarde o temprano aparecería, cuando atravesara Bwlch y Siglen de camino a su madriguera.

Se quedaba quieto, escuchaba, aguardaba y cobraba su recompensa.

Mi madre se enamoró de aquel hombre apuesto, diestro y sin dobleces, de su bigotón y de la picardía de su mirada. Tres meses después estaban casándose.

El de 1905 fue un año de muerte en los anales mundiales. El zar Nicolás II masacró a cinco mil personas en la ciudad de San Petersburgo. Fallecieron otras diez mil en un terremoto en la India. Doscientos mil rusos murieron a manos de la armada japonesa comandada por el almirante Togo. Los marineros del acorazado ruso *Potemkin* mataron a sus propios oficiales. Los

rusos de Odesa masacraron a sus judíos. Y en Gales casi ciento veinte mineros murieron en la explosión de una mina de carbón en Rhondda Fach.

Para Rebecca y Evan Jones de Tynybraich, en cambio, el nacimiento de su primera hija bastó para contrarrestar tanta muerte: un brazado de carne y un matojo de pelo negro. Me pusieron Rebecca, como mi madre y mi abuela. La tradición me atrapó desde que nació.

Mi abuela, Catrin Jones, no asistió al parto y tampoco fue de visita a las pocas semanas. Cuando por fin vino, me concedió su cortante bendición y me tachó de «huesuda como mi padre». Fueron tiempos duros para madre. Pero la tía Sarah la auxilió, tanto en el parto como después, con mi padre encantado de poder poner cualquier excusa para escaparse al campo. Sarah siguió ayudándola con la casa y con la crianza de «Beca la Chica». Y cuando mi hermano Robert nació en agosto de 1906, vino a casa a diario pese a los reproches de su madre.

Solo tengo un recuerdo de niña de la tía Sarah. Me acuerdo de que era una mujer alta y guapa, seria y tranquila, en nada parecida a su hermano, mucho más pícaro. Me acuerdo de la sonrisa que le iluminaba la cara a mi madre cuando le abría la puerta por las mañanas, una sonrisa de agradecimiento, de hermana.

Sarah murió muy joven, en 1910, con treinta y cuatro primaveras, al año de que falleciera su propia madre. Me ha quedado de ella una impresión de circunspección serena, aunque puede que ese recuerdo me

venga del poema corto –una englyn– que compusieron en su memoria y que está grabado en su lápida a los pies del monte, en Dinas Mawddwy:

Pronto silenciaron a Sarah, la serena, la seria,
le llegó prematuro el aplauso del público;
pero el hechizo que conjuró la bondad de su vida
irradia con fuerza sobre el frío de su última morada.

Con la muerte de su cuñada, mi madre se vio sola para criar a dos niños, así como llevar la casa y completar las numerosas tareas de la mujer de un campesino de un valle remoto.

Se levantaba al alba para reavivar el fuego, pulir la solera del hogar con plomo negro y dos cepillos, y echar luego albayalde bajo la rejilla de las cenizas. Sacaba brillo a los morillos con Brasso y utilizaba hojas de acedera para limpiar el suelo de piedra, que frotaba concienzudamente antes de que nos levantásemos los demás. Luego hacía el desayuno y preparaba la comida del mediodía.

Después de dar de comer y vestir a sus hijos, completaba las labores del hogar. Los lunes tocaba colada. Madre frotaba la ropa y la pasaba por el rodillo antes de extenderla sobre los setos para secarla al sol. Los martes alisaba la ropa con la plancha de caja, cuyos hierros calentaba al fuego hasta que se ponían blancos. Los miércoles tocaba hornear, y se hacía el pan para toda la semana (siete hogazas), aparte de dos *bara brith*

(pan de pasas) y tortas ácidas. Los jueves tocaba la mantequilla, lo que suponía batir con el batidor, aplastar la mantequilla en la bandeja de amasar y fregar bien la mantequera nada más terminar. Y los viernes tocaba limpieza; las menos de las veces también le daba tiempo a ir al mercado de Dolgellau.

Aparte de todo esto, madre tenía asignadas tareas de la granja. Llevar el agua del pozo a la casa; echar de comer a las gallinas y recoger los huevos del ponedero; echar de comer a los cerdos y limpiar el estiércol de los corrales. Ordeñaba también las tres vacas negras de la boyera y se aseguraba de que había comida suficiente en los pesebres. Y cuando tía Sarah no podía, era madre quien iba andando hasta Lliidiart y Dŵr para dejarle a su suegra una cántara de leche.

Por si fuera poco, se esperaba de ella que cuidara a los niños, que preparara las comidas y tuviera la merienda lista para la hora en que padre volvía del monte. Llegaba siempre puntual. No era cuestión baladí preparar comida con lo poco que teníamos. Para desayunar tomábamos gachas de avena. En el almuerzo comíamos panceta y patatas o caldo, y después, para la merienda, pan con mantequilla y mermelada y suero de leche. Comíamos fruta de temporada: ruibarbos, ciruelas, uvas crespas, manzanas y moras (conocidas cariñosamente como «la fruta del pobre»). De vez en cuando había algún pastel de frutas, y era yo la que adornaba la cobertura de hojaldre con el quemador, una plancha de hierro caliente que imprimía un dibujo sobre la costra dorada.

De no ser por lo que cazaba y pescaba mi padre nuestras provisiones de carne fresca se habrían limitado a la matanza del cerdo. Las granjas se turnaban para matar un solo gorrino cada vez y se compartía la carne fresca entre todos; lo que sobraba se conservaba con una mezcla de sal y nitrato de Chile. Podíamos contar con un suministro seguro de carne fresca durante unos cinco meses al año.

En las épocas importantes, como la esquila o la cosecha, se esperaba de madre que cumpliera también con su parte de tareas, más allá de preparar la comida y la bebida para una horda de hombres dos veces al día. En cuanto despejaba la mesa, volvía al trabajo hasta que se ponía el sol, momento en que tenía que preparar la cena para todo el mundo y acostarnos a los niños, tras lo cual lavaba las decenas de fuentes y platos que se habían acumulado durante el día.

Mi padre nunca se ofrecía a ayudar. No se esperaba de él.

Las veces que madre conseguía sacar un poco de tiempo para descansar por las noches, sus manos no paraban quietas, tejiendo calcetines. Cuando tuve edad suficiente, se me concedió el privilegio de ayudarla a ovillar la lana en madejas en torno a mis manos en alto. La lana se la comprábamos a dos hermanos de Cwm Llinau.

Cuando no estaba haciendo punto, leía. Un único libro, la Biblia. Con catorce años había decidido dedicar su vida a Jesús.

Hace un tiempo descubrí entre sus papeles que

madre escribió un pequeño ensayo sobre el Tiempo. Da una idea de la gran dedicación que prestaba a su vida interior, pese a su industriosisidad exterior.

Esto es parte de lo que escribió en ese ensayo:

A veces se cuestiona cómo puede el hombre cultivar su mente. La pregunta tiene fácil respuesta, que muchos labran el tiempo a través de un uso apropiado de sus momentos de asueto: quien acomete su trabajo con espíritu previsor aprovechará el momento sin dejar de lado sus deberes.

Mi madre sí que sabía sacar el máximo provecho de los pocos «momentos de asueto» que se le presentaban. A lo largo de su existencia fue aceptando los crueles varapalos de la vida, integrándolos en su rico mundo espiritual, que destellaba como una perla en su interior y se reflejaba en lo brillante que tenía la tez. Su lema era: «Cree en Dios y haz tu trabajo».

Robert pronto se convirtió en «Bob», mi amigo y compañero de juegos. No parábamos quietos. Jugábamos con pasión, y en armonía.

Un gran roble había quedado recostado en el suelo después de ser arrancado por un rayo. Esa era nuestra casa. Las enormes raíces del árbol formaban un recio aguilón, mientras que sus muchos recovecos y ranuras hacían las veces de estantes y armarios. Nuestra convivencia doméstica funcionaba a la perfección.

Bob salía a cazar con su arco y sus flechas y volvía al cabo de unos minutos con un leño en la mano y un gesto triunfal en la cara. El leño se había «resistido como una fiera», comentaba el pequeño cazador. Yo preparaba el té para recibir a mi hermano: hojas y agua de lluvia en una vieja lata. Le preparaba pastelitos de barro, con un poco de musgo por encima a modo de glaseado verde. Se horneaban a las mil maravillas en una grieta entre dos raíces. Bob se las comía para complacerme.

Una tía rica nos había dado un carretón viejo. Mi padre le ató una caja por delante para que pudiéramos llevar mercancía a Maesglasau o Ffridd: huevos, un tarro de melaza o una botella de té frío para mi padre. Lo más divertido era llevar animales de la granja en la caja. *Bobby-Joe*, el cordero, iba como un rey en su trono de cuatro ruedas, mientras que *Blodwen*, la gallina, hincaba las patas en el madero frontal y batía sus alas rojas como un molinillo descontrolado en su intento por mantener el equilibrio cuando bajábamos las pendientes a toda velocidad. Cómo nos reíamos. Hasta padre, al atravesar algún prado, disimulaba una sonrisa.

Nuestra diligencia era la rastra de la turba, el artilugio de madera que se empleaba para acarrear los terrones de turba desde la meseta. Nos encantaba ver regresar a padre de la montaña, y nos quedábamos observando con paciencia, asegurándonos de no «in-cordiar», mientras descargaba con cuidado la turba: aquello era el combustible de nuestro fuego. Cuando llegaba de buen humor, nos invitaba a subir a la ras-

tra vacía y nos daba vueltas por la explanada, exhortando a todo bicho viviente a que subiera a bordo, hasta que la rastra se convertía en un circo ambulante que atravesaba la granja en medio de una gran algarabía.

En otros momentos, celoso de nuestra seguridad, podía ser muy estricto, y nos cuidábamos mucho de no molestar. Sacábamos más placer del juego cuando lo hacíamos en secreto, y las prohibiciones de padre eran un gran incentivo. Así, nos aventurábamos por la quebrada para espiar la «cueva de los zorros» o remontar la empinada ladera del monte de Tynybraich para ir a dar caza a «la cuadrilla de bandoleros».

Con todo, pese a ser de natural severo, Evan Jones era un gran cuentacuentos que nos dejaba a todos fascinados con los relatos cómicos de sus propias aventuras y de las desgracias que se cernían sobre los demás. Sus historias ganaban de calle a las de la Biblia que nos contaba madre para dormir, todas con una moraleja que siempre veíamos venir.

La veo ahora aún con su ropa de faena –un delantal de arpillera ceñido a la cintura por una cinta–, apartando las colchas e insistiéndonos para que rezáramos. Nos arrodillábamos y recitábamos las palabras que nos había enseñado:

Cuando al alba te levantes para vivir como es debido,
mete la cara en agua para avivar tu colorido
y di una oración antes de poner el plato al fuego,
no vaya a ser que caigas en la trampa de Bel Ffego.

Para su gran consternación, nosotros nos aguantábamos la risa y le dábamos la lata para que nos explicara la naturaleza exacta de «Bel Ffego». Ella nos reprendía por nuestras blasfemias infantiles. Cuando se iba, nos inventábamos oraciones de mentira.

En *sabbat* no se podía jugar, dibujar, hacer punto, coser ni, para el caso, realizar ninguna otra actividad. Nada que no fuera la excursión semanal al templo y a la escuela dominical.¹ Pero Bob y yo nos volvimos muy pillos. Con voz inocente le suplicábamos a madre que nos dejara salir a «estirar las piernas» y, acto seguido, salíamos disparados hasta nuestros escondrijos, ganando unos minutos de libertad para jugar, gritar y reír. El juego prohibido del *sabbat* era el mejor.

Nuestra otra vía de escape eran los libros. Bob y yo aprendimos a leer en la escuela de Dinas Mawddwy y nos convertimos en lectores voraces. Los *sabbats* escapábamos a tierras imaginarias, manteniendo a raya el tedio. Madre estaba suscrita a *Y Dysgedydd* [El instructor], mientras que los pequeños de la casa recibíamos *Dysgedydd* y *Plant* [El instructor para niños], una revista con la que aprendíamos poemitas sencillos sobre historia bíblica, como este sobre Jesucristo dirigiéndose a sus discípulos:

1. El *sabbat* cristiano de los noconformistas sustituyó el día del señor o domingo. [Nota de la traductora]

Buscando la mejor posición,
a borde de un bote subió,
para que lo oyera todo el mundo
alto y claro desde la orilla.

Padre no era de leer. No recuerdo haberlo visto ni con un libro ni con una pluma. Madre se encargaba del poco papeleo que generaba la granja. Había veces en que tenía que sentarse a la mesa de la cocina después de una larga jornada de trabajo porque él insistía en que había que escribir alguna carta «ahora mismo». A mi madre le gustaba expresarse con cuidado, pero mi padre se reía de ella por lo formal de su formulación:

–Así no se van a enterar, Beca. Tú pon simplemente: «Han llegado las ovejas». No hacen falta más historias.

–Pero Evan...

–Ya está bien de tonterías. Lo justo y necesario, punto.

Padre rara vez mostró interés por los viejos libros de la familia. En parte era comprensible; había tenido que trabajar muy duro en la granja después de que su propio progenitor la hubiese descuidado, estando como estaba más interesado por los libros que por las ovejas. Jamás vi a mi padre abriendo los cierres de hierro del arcón color guinda donde guardábamos los libros viejos ni cogiendo ninguno de los tesoros que contenía: un libro del siglo XVI de William Salesbury; la versión de la Biblia de William Morgan de 1588; la «pequeña» biblia

del siglo XVII de John Davies de Mallwyd; nuestro ejemplar del *Libro de Oración Común* de 1742, por no hablar de muchas obras inglesas antiguas que nuestros antepasados habían comprado en Londres. Es el mismo arcón que se menciona en la *englyn* que compusieron en honor de nuestro abuelo, Robert Jones:

Iba cargado de literatura: sus arcones
eran castillos de saber;
en su búsqueda de la verdad absoluta
lo iluminaba el cálido sol de la instrucción.

Cuando nuestros padres no nos veían, era mayúsculo el placer secreto que nos producía coger esos libros viejos, viejísimo, del arcón y maravillarnos ante sus frágiles páginas.

El que más nos atraía era el *Libro de Oración Común*, pues, en letra amarillenta y desvaída, alguien había registrado nuestro árbol genealógico aprovechando una hoja en blanco. Según se leía, nuestra familia llevaba viviendo en Tynybraich desde 1012. Nosotros lo creíamos a pies juntillas y nos esforzábamos por memorizar todos los nombres del linaje, un catecismo de varones (salvo por la habitual excepción a la regla): «Gethin, Gruffydd, Llywelyn, Evan, Llywelyn, Elis, William, John Evan, Robert, Robert, Mary Evan, Evan, Robert y Evan Jones. Año del Señor de 1012. Estos fueron los dueños de Tynybraich».

El libro más pequeño del arcón, *Kynniver Llith a Ban*, de William Salesbury, también se contaba

entre nuestros favoritos, por mucho que a veces nos costara entender el galés arcaico. Contemplábamos maravillados los caracteres griegos del principio del libro, las elegantes letras capitales, la disposición de las palabras en la página y las dos manos que adornaban el final. Tenía apuntes en tinta marrón por los márgenes, en la letra de algún anciano muy anciano.

Pese a su extrañeza, se me han quedado grabadas las palabras del comienzo:

Kynniver llith a ban or Yscrythur Lan ac a ðarlleir yr eccleis pryd commun y Sulieu a'r Gwiliu try'r Vlwydyn: o cambereiciat WS.

Al acabar las bendiciones, al final del todo, había una referencia a cuando Jesucristo, viendo a las gentes, sube a lo alto del monte para hablarles:

*Pan welað Ieshu y minteioeð
e ðaeth i vyny i'r mynyth.*

Y nos imaginábamos al hijo de Dios subiendo el monte del Maesglasau y plantándose allí en medio, entre las ovejas, para hablarles a las gentes de Dinas Mawddwy.

No sabíamos que había sido uno de los primeros libros que se publicaron en galés; editado en Londres en 1551, contenía las primeras traducciones al galés de las Escrituras desde sus lenguas originales. Kynniver

Llith a Ban era un libro muy difícil de encontrar. Solo se conservaban cinco ejemplares.

Ambos nos aplicábamos en la escuela, sedientos como estábamos de conocimiento. A mí se me daba bien el cálculo, para gran fastidio de Bob, y sabía responder a preguntas como «¿Cuántas libras son veintinueve chelines?» o «Un comprador paga tres chelines por una yarda de tela. Averigua cuánto valen veinticuatro yardas». Bob, sin embargo, destacaba en lógica, lo que, conjugado con la terquedad de la familia, lo convertía ya a esa edad en un controversista de primera. Habría sido un buen abogado. Pero Bob quería ser médico y yo, enfermera.

Aún conservo algunos cuadernos del colegio, llenos de la caligrafía regular que hoy envidio al ver los garabatos rezongones y temblorosos de la anciana que soy.

En esos mismos cuadernos de ejercicios B. L. escribí ¡mis primeras redacciones! En Dinas Mawddwy la educación era en gran medida en inglés, mientras que en la escuela dominical todo se leía y se escribía en galés. Veo hoy una bonita lista (en inglés, por supuesto) de los países que pertenecían al Imperio Británico, bajo el encabezado «Posesiones británicas». Me pregunto si Cwm Maesglasau se contaba entre una de ellas.

También en inglés redacté la historia del «ferrocarril cámbrico» y del «rey Alfredo», así como un poema titulado «Pro nobis» o el siguiente pasaje, que describe las idas y venidas de «Mis vacaciones de Navidad»:

La escuela cerró el 23 de diciembre de 1915 y abrió el 11 de enero de 1916, tuvimos quince días de vacaciones. Llovió mucho todas las fiestas pero me lo he pasado muy bien estos días. Las tiendas estaban llenas de juguetes y de otras cosas, en fiestas las decoran con acebo. El año pasado la Navidad cayó en sábado. Fui al templo por la mañana y por la tarde. Hubo gente que se fue a pasar las fiestas fuera y otros que vinieron a pasarlas en casa.

Aunque puede parecer extraño, este es el único «recuerdo» que conservo de las Navidades de mi infancia. Y ni siquiera sé si esta descripción era real o inventada, aunque lo que está claro es que en Dinas no había muchas «tiendas» como tales, si bien la referencia al templo sí tiene más visos de realidad.

En esos cuadernos hay también algunos ejemplos, escasos, en galés, como una página en torno a «La vaca» y una redacción sobre el cuadro *El arpista ciego*. Y un poema del bardo Elfed, con el que nos explicaban a los pequeños de Dinas Mawddwy la diferencia entre el blanco y el negro:

NEGRO Y BLANCO (ELFED)

A los pies de los Alpes corren
en verano dos arroyuelos,
al primero llaman el arroyo blanco,
al segundo, el arroyo negro.

De un mar de hielo brota el arroyo blanco,
sus aguas, más blancas que la leche;
hasta que no llega esta estación
no comienza su viaje monte abajo.

El arroyo negro comienza en otro sentido,
con un hielo más negro, negrísimo.
Cuando el invierno congela este torrente
el color del hielo es negro.

Qué desconcierto es a diario en este mundo
descubrir verdades como esta:
es más fácil volver negro el blanco
que en blanco se torne el negro.

Teníamos que aprendernos todos los poemas de memoria, por no hablar de innumerables himnos y versículos de la Biblia. Sigo conservándolos en la memoria, ecos de una infancia de templo galés.

Nuestro maestro de la escuela dominical, John Baldwin Jones, estaba empeñado en que aprendiéramos un poema por semana, no necesariamente cristiano. Le encantaba la poesía (tanto galesa como inglesa), él mismo era poeta e hijo de poeta, hermano de mi abuelo, un hombre robusto con una larga barba blanca que era conocido en los círculos bárdicos como J. J. Tynybraich.

El tío Baldwin era de los maestros preferidos de los niños de la escuela dominical. Había ido a la universidad de Bangor, donde, aparte de estudiar francés,

había destacado, ni más ni menos, que en hockey. Aun así, regresó a su hogar para ayudar en la carbonería de su padre y escribir sobre la vida en Cwm Mawddwy. Cantaba las alabanzas de la región que lo había visto nacer como si cantara las del propio Dios.

La que sigue es la *englyn* suya que más me gusta, en la que compara los sueños con un humo que se eleva desde el «altar» de la almohada:

LA ALMOHADA

La almohada es un altar blanco: lentamente
se apagan los últimos sacrificios del día
y un humo ligero se eleva suavemente
como los sueños a los reinos de la alegría.

Era un hombre de salud precaria pero divertidísimo, y le encantaba la compañía de niños y jóvenes. Adoraba a los románticos –la poesía de Keats, Shelley, Tennyson y T. Gwynn Jones–, así como las novelas de Daniel Owen; de hecho, en cierta ocasión lo compararon con el personaje más famoso del novelista, el entrañable polvorilla Wil Bryan.

Baldwyn tradujo poemas del francés al galés, escribió artículos sobre literatura galesa y relatos, e incluso se atrevió con el teatro, retratando personajes que sufrían injusticias sociales en un estilo casi «sindicalista», según cierto crítico.

Con todo, tenía una salud delicada y, aunque no fue a luchar en la Gran Guerra, como muchos de sus

coetáneos, John Baldwin Jones murió en esos años, con tan solo veintinueve primaveras.

Tengo aquí conmigo un tomo que recoge su poesía y tiene un prólogo del gran poeta R. Williams Parry. Aparece una fotografía del tío Baldwin, congelado por el ojo de la cámara, aunque se ve movimiento en su cara, como si estuviera diciendo algo.

Los recuerdos de mi infancia me llegan en una corriente continua: olores, sabores y visiones que convergen en una efusión vertiginosa. Y al igual que el arroyo de Maesglasau, estas remembranzas son producto del paisaje que teníamos en nuestro rincón rural del centro de Gales a principios del siglo xx. La familiaridad de su borboteo me reconforta.

Por supuesto, en realidad no era así. La corriente se detenía con frecuencia. De hecho, un arroyo no es la mejor metáfora para el irregular fluir de la vida entre represa y represa.

No he hablado de los embalses. Es donde se concentran las emociones. Me acerco a ellos con paso vacilante. Me quedo mirando sus aguas calmas, temiendo la atracción que ejercen sobre mis recuerdos. Aterrada, contemplo mi propia historia en sus profundidades insondables.

Nadando contracorriente, me aventuro hasta la primera represa. La que cambió el curso de la vida de toda la familia de Tynybraich.

Veo a mi madre en la cama, con un bebé en brazos.

Padre inclinado sobre ella. La luz de la vela destella en sus caras y en las oscuras vigas del techo del dormitorio grande.

Tengo tres años y me he escapado de la cama para seguir las voces de mis padres. Hay un llanto. Es de nuestro nuevo hermanito, Gruffydd.

Bob sigue durmiendo profundamente.

Atravieso los tablones, que crujen a mi paso, y espió por la rendija de la puerta. Mis padres y el retoño están rodeados de un halo de luz. Solo se escuchan murmullos. La cercanía entre mis padres es preocupante.

Veó la inquietud en sus rostros cuando miran a mi hermano de pelo moreno, que solo tiene unas semanas de vida. Siento un escalofrío bajo el camisón.

Veó a padre sacar su reloj del bolsillo del chaleco. Lo coge de la cadena y balancea el disco dorado ante los ojos del crío. Rectifica el movimiento de la cadena. Cierra la palma de la mano sobre el reloj y se lo guarda.

–Mucho me temo, Beca, que nuestro pequeñín no ve –anuncia con la voz quebrada.

Un silencio. Y yo, paralizada, a pesar del temblor de piernas.

Oigo la voz de mi madre, que levanta la vista hacia la cara de su marido y le dice:

–Yo no lo tengo tan claro, Evan. Seguro que se pone bien. Ya sabes que ha nacido antes de tiempo...

Otro silencio.

No sé cuánto tiempo me quedo allí de pie, escuchando el tictac del reloj, en la otra punta del pasillo.

Al rato vuelve a hablar la voz de mi madre. Parece llegar de muy lejos.

-No quiero ni decirlo, Evan, pero creo que tienes razón.

-No, venga, todavía es muy pronto para perder la esperanza...

No recuerdo en qué momento los dejé con sus consuelos mutuos. Ni tampoco volver sobre mis pasos por los tablones hasta mi cuarto. No recuerdo volver a meterme en la cama. Pero sí que tengo la imagen de mirar a Bob y, con la pasión de mis tres años, envidiarle el sueño.

Y recuerdo estar ahí tendida cuando estalló la represa, y cuando me inundaron las lágrimas porque mi hermanito pequeño, Gruffydd, había nacido ciego.

Con la dignidad y la gracia que caracteriza a toda su familia, mi madre no tardó en aceptar la ceguera de Gruff. Como era de esperar, la reacción de mi padre fue de rabia y confusión. Quería saber a qué se debía la ceguera. No podía creer que «no pudiera hacerse nada» para que su hijo viese. Llevó al pequeño a un médico cerca de Aberystwyth, pero volvió sin ayuda o explicación alguna. El médico se limitó a confirmarle que Gruffydd sería ciego de por vida.

Con el tiempo nuestras vidas volvieron a la normalidad. Yo jugaba con mi nuevo hermano: le daba de comer y le hacía de mamá mientras madre trabajaba. Todos los días lo lavaba y lo vestía con la ayuda de la

tía Sarah, y era un muñeco más maleable que Bob en su momento. Por las noches dormía entre sus hermanos mayores: tres cabezas moreno azabache bajo una única cobija blanca.

Le enseñé a andar, guiándolo con cuidado de la mano y explicándole cómo moverse por la casa, entre los muebles, cómo evitar la chimenea. Le enseñaba palabras nuevas, y me emocionaba cuando las repetía. Gruff tenía una mente más lúcida y aguda que todos nosotros.

Bob, por su parte, tenía que faenar en la granja mientras yo me encargaba de esas tareas. En cuanto a los pasteles de barro y las tartaletas de musgo, ni una sola vez admitió echarlos en falta.

Pero, bueno, Bob fue siempre muy orgulloso.

En 1910, cuando yo tenía cinco años, Bob cuatro, y Gruffydd acaba de aprender a andar y a contar, la tía Sarah nos anunció que había llegado otro hermanito. Bob se enfurruñó y quiso saber dónde estaba su desayuno. Yo, por toda respuesta, abracé más fuerte a Gruff.

Lo llamaron William. La familia de Tynybraich contaba ya con seis miembros.

Vuelvo a ver a mi madre en su cama. Las vigas del techo están bajas y oscuras. Veo a mi padre, que mira la llama de la vela con los ojos de un hombre aturdido.

Empujo la puerta y me acerco a mi madre. Me siento a su lado y abro los brazos para recibir al pe-

queño con todo el amor maternal de una niña de cinco años.

William era un niño sano con una carita redonda y rosada. Era un bebé muy bonito, con el pelo y las pestañas negros como la noche. Pero desde el momento en que lo arrojaron a la luz de este mundo, William, como su hermano, era ciego.